

TERCERA PARTE

I

Grandes y chicos

¡Pobre princesita de Pan y Miel!

Desde la fiesta de las espigas, en que salió á ofrecer el primer manojito á la santa Patrona, ni una sola vez había vuelto á salir de Palacio. Sus ojos estaban hundidos y tristes; de sus mejillas había huido el color sonrosado; sus manos parecían de cera y en su frente se dibujaba una arruga precoz.

¡Y todavía no contaba veinticinco años!

Cuando se celebraron sus bodas con el príncipe Ladislao, hubo fiestas espléndidas. Desde el alcázar á la iglesia fué tendida una alfombra oriental; todas las calles aparecieron engalanadas con oriflamas y tapices. Precedían á la carroza cuatro heraldos y diez y ocho palafreneros, y la seguían veinte caballeros de los más bizarros y apuestos de la corte. Dos reyes de armas iban á los estribos, y á su lado cuatro gallardos pajes con sendas escarceas, arrojando á la multitud monedas de oro.

Y de todas partes partían aclamaciones y aplau-

sos. En todos los sitios por donde pasaba la carroza, tirada por ocho albos corceles cubiertos de bordadas gualdrapas, se oía un solo grito:

—¡Viva nuestro príncipe Ladislao!

Para ella, nada. Se la recibía con hostilidad. Se decía que había sido cantante, que antes había habitado una choza y que, de niña, se la llamaba Pan y Miel. Y ya sabéis que el pueblo no perdona jamás al que vive en su seno y luego se encumbra. Tal es la conciencia que los siervos tienen de su bajeza, que creen que sus huellas nunca, y ocurra lo que ocurra, pueden con el tiempo borrarse.

La nueva princesa, como toda mujer, era perspicaz y no dejó de advertir el desdén con que era recibida, cuanto más que él era harto notorio y ostensible. Durante el trayecto permaneció con la frente inclinada y más pálida que su vestido, que era todo de encajes blancos como el armiño.

Terminada la ceremonia en el templo, y al ocupar de nuevo su asiento en el carruaje, estallaron en la plaza muchos vivas al príncipe. Luego, tras un silencio prolongado, se adelantó al estribo una viejecita, y con voz gangosa en que se recalaba una cruel y burlona ironía, gritó con toda la fuerza de sus debilitados pulmones:

—¡Viva la princesita de Pan y Miel!

Todo el concurso prorrumpió en una carcajada hilarante. La princesa bajó la cabeza y rompió á llorar, sofocada de dolor y vergüenza.

El príncipe hizo detener á la vieja, y ordenó que le fueran aplicados doscientos azotes, pena que le fué perdonada á ruego de Rosina.

Pero, pasados que fueron unos cuantos días, la princesa se preguntó por qué motivo había de avergonzarse de su origen, y se propuso hacer gala y ostentación de aquel apodo con que la había galar-

donado por primera vez en la aldea Nicanor el herrero.

Inmediatamente dispuso que todos los niños pobres de Klarisbona se juntasen en grupos de cincuenta, y que cada grupo fuese una tarde al jardín real á las cinco en punto. Allí, la princesa, cubierta la falda con un delantal, cortaba por sí misma, como la Carlota de Werther, grandes rebanadas de pan, las untaba de miel y las iba entregando á cada niño, juntamente con una monedita de plata.

Los pequeñuelos, alborotados, prorrumpieron en vítores:

—¡Viva la princesa Rosina!

Pero ella les dijo que quería que la llamasen Pan y Miel. Y ellos concluyeron por tratarla de tú y llamarla Pan y Miel, como si la conocieran de toda la vida.

—Oye tú, princesita: la rebanada que tiene Adolfo es mayor que la mía.

—Pan y Miel, ¡que me quita el pan Casimiro!

—Casimiro, ¡á ver si te casco las liendres!

—Pan y Miel, dile que se suene á Nicolás.

—¡Nicolás, que te zurro!

—¡Que me hace muecas Alejandro Pawloski, Pan y Miel!

—¡Alejandro! ¡A ver si te hago yo á ti una mueca definitiva!

Como en la corte era acogida con gran frialdad, Rosina acabó por buscar con gran interés la compañía de los niños. Y tuvo tanta más razón para hacerlo, cuanto al medio año de casada, el príncipe comenzó á tratarla con extraordinario despego, y acabó por no dirigirla la palabra. La verdad era que Rosina no estaba muy enamorada de su marido; pero aquel desdén la hizo daño, primero, porque revelaba que el príncipe participaba

del desprecio que hacía ella sentía su corte, y en segundo lugar, porque pronto supo que su egregio marido perdía el tiempo y la razón en orgías con aventureros y mujerzuelas.

Durante muchos días no cesó de llorar, y repartió la miel á los niños mezclada con lágrimas, y los niños decían, relamiéndose:

—¡Hoy está más dulce que ningún día!

Una tarde se adelantó uno de los mayorcitos y, poniéndose muy serio, como si fuera á desempeñar una gravísima comisión, le dijo con acento varonil y entero:

—Pan y Miel, todos los compañeros me encargan que te pregunte por qué lloras.

Ella pretextó que tenía aquellos días neuralgia, y los chicos se quedaron sin entenderla, porque en Klarisbona la vulgarización de la ciencia no había aún barbarizado el lenguaje.

—Está bien—replicó el muchacho—. Pero has de saber que, si alguno tiene la culpa de que estés triste, no tienes más que decírnoslo francamente. Nosotros lo ataremos guapamente entre todos, nos pasaremos las disciplinas de mano en mano y le daremos cincuenta azotes.

Pan y Miel no pudo menos de sonreír ante la resuelta actitud de los niños, y sus ojos se humedecieron de nuevo, pensando en su generosa gratitud.

Llegó una ocasión en que la princesa dejó de bajar al jardín. Los niños no hacían más que preguntar qué ocurría. Al cabo de algún tiempo comenzaron á repicar las campanas y se anunció públicamente que la princesa tenía un niño, el cual se llamaría Ladislao Sergio.

Pero la alegría duró muy poco, porque el principito murió á los dos días. Muy bajito se dijo en

la ciudad que el niño había nacido con la sangre corrompida por los desórdenes y vicios de su padre, y que habían dicho los médicos que la princesa no tendría ya sucesión.

Tal desdicha acabó de afligir á la princesita, la cual tomó á su marido un odio africano. El príncipe, por su parte, no se cuidaba para nada de ella, ocupado en sus festines y francachelas, de las cuales salía, cuando salía por su pie su alteza real, hecho una cuba de excelente *tokay*.

No encontraba consuelo la princesa sino al lado de la chiquillería. Y volvieron las meriendas en el jardín, y las rebanadas y los juicios de agravios minúsculos.

—Pan y Miel, ¡que Teresita me pellizca!

—Teresita, ¡que te quito la rebanada!

—Pan y Miel, ¡Federico me ha llamado alcalde!

—¡No insultes, Federico!

—Pan y Miel, vamos á darte una serenata.

Y todos se ponían papelillos sobre los labios y comenzaban á imitar la trompeta y el cornetín, y armaban una orquesta de mil pares de diantres, mientras Alejandrino, el de las muecas, imitaba con los carrillos inflados el bombo.

—¡Pán, pán, pán...! ¡Pón, pón, pón...!

De esta manera pasaron nueve años, renovándose siempre los chicos en el jardín y las orgías en el alcázar, y la soledad y la tristeza en las habitaciones de Pan y Miel, quien cumplió sus treinta y cuatro años.

Y en su frente surgió una arruga, y en su cabello apareció una cana, y luego otra, y después otras muchas. Era casi una niña y ya se encorvaba su espalda, vencida por el peso de su tristeza y de su inconsolable dolor.

A esto se llamaba en Klarisbona, reinar.

II

Justicia seca

¿Queréis saber lo de prisa que pasa el tiempo? Vivid sin cariño. Cuando nada se espera no se miden las horas, y ellas pasan volando como bandadas de gorriones sobre las ruinas solitarias.

Un día Rosina miró el calendario y vió que era el día de su natalicio. Cumplía treinta y seis años. Se sentía, sin embargo, vieja, agotada. ¿Y para ver deslizarse su vida en el abandono y en la melancolía había deseado tanto vivir en el mundo, y había conservado con tanto esmero su talismán?

Hubo recepción, como de costumbre. Sentada en un sillón conventual vió desfilar ante ella á los cortesanos cubiertos de condecoraciones y cruzados de bandas, y á las damas de linaje y alcurnia, quienes se inclinaban ceremoniosamente. En algunos labios sorprendió sonrisas y cuchicheos. ¿Qué más daba? La resignación ya era en ella habitual.

El príncipe no pareció en todo el día. Había salido de expedición en uno de los horribles armatostes que andaban sin caballos y tanto había codiciado Pan y Miel, los cuales le parecían ahora desagradables, incómodos y mal olientes.

A las cinco apresuróse á ceñirse su delantal y bajó al jardín. Era aquella costumbre inveterada

su único solaz. Los niños la recibieron con aclamaciones y palmoteos.

—¡Viva la princesita de Pan y Miel!

Era su verdadera corte; la chiquillería la profesaba adoración. Y es forzoso decir que también se la profesaba la juventud humilde, que había desfilado por sus jardines y había recibido de sus manos ebúrneas una rebanada de pan y una caricia maternal entrañable.

—Pan y Miel—dijo una mocosa de diez abriles, cogiéndose á su falda—. Alejandro tiene que decirte una cosa.

Alejandro, el de las célebres muecas, era ya un bigardo de diez y ocho años, firme como un roble. Se adelantó por su rebanada, y dijo con tono resuelto:

—Has sido buena para todos nosotros. Nuestros padres lo saben, y el día que tú quieras, serás la única soberana de Klarisbona. He aquí mi felicitación y mi homenaje.

Pan y Miel contempló al joven con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—Que el pueblo está decidido á levantarse contra su opresor, que es el tuyo.

—Calla—dijo con severa benevolencia Rosina—. Mi deber es el vuestro; es la obediencia y la sumisión.

Se oyó en aquel momento ruido de puertas golpeadas. Todos volvieron la cabeza y vieron entrar en el jardín, completamente ebrio, descompuesto y con los ojos fuera de las órbitas, al príncipe Ladislao Gustavo.

No era ya el elegante hombre de mundo que asombraba por su corrección en la Opera Italiana de Viena. En sus facciones se veía el estrago producido por la disipación y el embrutecimiento.

Los niños se retiraron asustados y fueron á agruparse á un rincón del jardín.

—¿Qué haces aquí?—preguntó á Rosina el príncipe, medio aturdido.

—Doy de merendar á los niños—contestó humildemente Pan y Miel—. Nunca me has reprendido por ello.

—Pues desde hoy—tartamudeó el borracho—te está terminantemente prohibido.

—Prohibido... ¿por qué?

—Porque estoy harto de ver mis jardines invadidos por esa canalla y de soportar tus gustos groseros de titiritera.

Rosina palideció.

—Y no quiero seguir teniendo más á mi lado á una villana incorregible, enfangada en las innobles bajezas, que sin duda aprendió de su madre entre rebaños.

Un relámpago pasó por los ojos hundidos de Pan y Miel.

—Mi madre era honrada—increpó al miserable—. Lo era más que tú, que no llevas con dignidad ni tu nombre ni tu corona.

Ladislao la cogió de la muñeca. Sus ojos parecían inyectados en sangre.

—¿Qué has dicho?—bramó—. ¿Qué yo no soy honrado?

Rosina sintió subir á sus sienes su antigua sangre de aventurera.

—No—dijo—, ¡no lo eres!

Alzóse la mano del príncipe y cayó sobre la mejilla de Pan y Miel.

Pero ésta, fiera como una leona, se arrojó sobre su verdugo y de un solo golpe en el pecho le hizo caer en tierra, en donde quedó desvanecido por la conmoción y por el alcohol.

Rápida como una corza, salió Rosina del jardín. Había tomado una resolución firme é inquebrantable. Huiría de Klarisbona; recogería sus ahorros, se echaría un velo sobre la frente y saldría en el primer tren en dirección á España. ¿Cómo no se le había ocurrido antes tan sencillo expediente?

Subió la escalera á saltos; entró en su eterna reclusión é hizo un lío con las primeras ropas que pudo encontrar. Abrió un secreter, introdujo varios cartuchos de monedas en un cabás, y cubrió su cabeza con un velo negro.

Guiada por la curiosidad, abrió el balcón y miró al jardín.

Dió un grito: ¿qué extraño, qué imprevisto espectáculo era el que contemplaba? El príncipe estaba echado boca abajo y fuertemente atado á un árbol con una cuerda. Mostraba las espaldas desnudas; los niños iban pasando uno á uno delante de él, y al hacerlo, descargaban con fuerza sobre las espaldas del miserable las disciplinas.

Sin duda habían desfilado ya casi todos, porque una niña, tierna como un capullo, alzó su débil brazo, lo dejó caer y contó como quien cumple un rito:

—¡Cuarenta y dos!

Luego entregó la disciplina á Daniel Petrowski, quien sacudió su golpe certero, pronunciando en voz alta:

—¡Cuarenta y tres!

Rosina se sentía pasmada de asombro. Eran los niños, sus amigos, los que aplicaban al culpable la pena de infamia.

Tocó el turno á Jorge Smonk, chiquitín de nueve años.

—¡Cuarenta y cuatro!—dijo al pasar ante las espaldas del príncipe.

Y le dió con el palo.

—No; eso no es admitido—dijo Alejandro, quien capitaneaba á los insurrectos—. La pena es pena.

Cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete... Rosina contemplaba la escena asombrada, pero con involuntario y secreto regocijo.

Cuarenta y ocho... cuarenta y nueve...

Tocó el turno á Alejandro. Alzó la disciplina y la descargó violentamente sobre la espalda amoratada del beodo.

—¡Ya quedas bien escarmentado, idiota!

Pan y Miel decidióse á huir. La hizo vacilar la sospecha de que pudieran ser castigados los niños.

Alejandro pareció adivinarlo.

—No hay cuidado—dijo, alzando la cabeza y mirando al balcón—. El no nos ha conocido, porque fermentaba como una cuba, y precisamente hoy, como no estaba el intendente, nadie se ha cuidado de registrar nuestros nombres.

Bajó la escalera Rosina y salió del palacio con el velo sobre la cara. No fué conocida de los ujieres, harto acostumbrados á ver entrar y salir en el alcázar hembras sospechosas.

—Dentro de diez minutos—pensó Rosina—en la estación. Pasados tres días, en París. Dentro de cuatro y medio, en España...

¡España! ¡Pronunciaba este nombre como había pronunciado otras veces *el mundo!*

Huyó veloz, presurosa, impaciente; y aun, al doblar la esquina del alcázar, pudo ver á los cincuenta niños vengadores, que huían á lo largo de la desierta calle, como una bandada de golondrinas.

III

La senda del Almendral

Anochece: es la hora de los ruidos lejanos y misteriosos, de los murmullos que no se sabe de dónde vienen, de los aleteos bruscos y rápidos que nadie presume adónde van. Voces apagadas, remotas, que advienen de la lejanía, se confunden con vagos tintineos de invisibles rebaños, con rumor de hojarascas, movidas blandamente por brisas refrigerantes y acariciadoras.

Allá, lejos, por encima de una colina, parpadea un astro; en torno suyo el cielo es obscuro y, gradualmente, como en los paisajes cromolitografiados holandeses, se va tornasolando, hasta encenderse en Occidente con reflejos vívidos opalinos.

Y, sobre ellos, se destaca una negra silueta, envuelta en algo sutil y vaporoso, como un velo flotante. La figura avanza por el sendero que bordea el prado, jugoso y perfumado por la postrera lluvia primaveral.

Su paso es desigual y nervioso; denota cansancio. Es una mujer la que avanza, encorvada por los años ó por las fatigas. De pronto se detiene, como para orientarse, escucha, recoge su velo flotante y prosigue su marcha.

Otra sombra surge de detrás de unas matas.

Es un labrador que se retira con la azada al hombro.

Los dos caminantes se cruzan, y se entabla un lacónico diálogo:

—La suerte le guie y lo acompañe. ¿Hará la merced de decirme hacia dónde se encuentra Aldeanueva del Almendral?

—¿Ve usted aquel ribazo? Pues al otro lado está el camino que va allí en derechura.

—Dios se lo pague en salud y contento.

Y anda, anda, anda... La viajera ha llegado á la cima del ribazo. Desde allí se domina una extensa llanura, limitada por un sombrío y espeso nocal.

La luz del día ya se ha extinguido en el horizonte. Las estrellas han aparecido en el cielo, como si una mano gigantesca las hubiera arrojado á puñados. La viajera se detiene asombrada. ¡Como ha pasado tantos años sin recrearse en la contemplación de tales maravillas!... Es un espectáculo nuevo; pero no, porque el centelleo de las constelaciones parece evocar en su pensamiento no sabe qué adormidas reminiscencias.

Si; allí está el carro, el magnífico carro cargado de ensueños, con su lanza de tres soles vívidos y fulgentes; en aquella otra parte resplandecen las tres Marias; la de enmedio parece que se adelanta á recibir á Nuestro Señor... En un grupo pastan las siete cabrillas, que tienen pezuñas de plata y campanillas de zafiros. Aquella mancha luminosa que cruza la bóveda celeste, es el caminito de Santiago, el mismo que holló con sus sandalias cuando fué de Jerusalén á Compostela...

Y aquel otro astro que parpadea con luz azulada, ¿no es la Estrella Madre? ¡Ah, sí, sí; es la misma!

«¡Oh, tú, Estrella Madre,
Estrella Polar,
que cruzas el mar
y el cielo bendito:
hazme un huequecito
para reposar!»

—¡Por todos los siglos de los siglos, *amén!*—dice, santiguándose, la mujer dolorida.

A la entrada del nocedal aparece el resplandor de una pequeña hoguera. Es un pastorcito que guarda su redil.

—Pastorcito, ¿quieres decirme en dónde está Aldeanueva del Almendral?

—Pase usted este nocedal y encontrará un valle; más allá verá una montaña y, desde lo más alto, podrá ver Aldeanueva á la luz de la luna, que no puede tardar en salir.

Y anda, anda, anda... Los árboles parece que tienen brazos y que los extienden como para implorar á deidades ignotas. La hierba sigue siendo blanda y jugosa, como si se hubiera empapado en lágrimas.

Ya se extiende el valle hasta las laderas de la montaña. ¡Qué hermoso es el paisaje! Tiene indescriptible grandeza, sobre todo para quien hace mucho tiempo que no ha mirado sino horizontes mezquinos y estrechos.

Un disco rojizo, enorme, surge en aquel momento de la cumbre de la montaña, y se alza como una eucaristía sangrienta. Todo adquiere un tinte rojizo, lúgubre, pero al mismo tiempo grandioso y solemne.

La mujer enlutada da un grito.

—Es la luna... ¡mi luna!

Se detiene y coloca la mano sobre el corazón. Luego se repone y vuelve á emprender su camino.

Y anda, anda, anda... La noche avanza. La luna ha disminuido de tamaño y es un disco de plata bruñida en cuyo centro hay sombras que parecen cráteres, montañas hendidas, maravillosos continentes. Las estrellas de última magnitud se han ido embebiendo en el cielo, como gotas de rocío en la alfombra mullida del césped.

La viajera se siente fatigada; jadea. Pero consigue alcanzar la cumbre. Fija su mirada en el horizonte, y un grito se ahoga en su garganta. Cruza las manos sobre el pecho y cae de rodillas.

Allí, cercada de huertos y de acequias, rodeada por el ceñidor de sus arroyuelos, está Aldeanueva del Almendral.

Es siempre la humilde, la misérrima, pero la ingenua, la inolvidable, la maternal, en fin.

La viajera acerca un pañuelo á sus párpados. Luego se inclina, coge un leve puñado de tierra y la besa.

¡Qué tonterías! ¿No es verdad? ¡Qué cosas tan ridículas hacen los personajes de los cuentos de niños!

Pero yo escribo para los niños, y aun me atrevo á decir con el poeta: «¡Qué lástima que después se hagan hombres!»

Atended; ya se ha puesto en pie la viajera y descende de la ladera con paso precipitado y ágil. Ya no siente cansancio. Sólo desea una sola cosa: llegar.

Y llega; ya está junto á los primeros cercados del pueblo. Sin detenerse pasa junto á los muros y tapias y entra en una solitaria calleja, franqueada por gruesos paredones. Así eran, si no son los mismos, los que cercaban la huerta de Celedonio.

La sombra se detiene frente al portón y da en él, con brío inesperado, dos fuertes patadas.

Al cabo de breves minutos el portón se abre, y un campesino de elevada estatura y cabeza canosa preséntase erguido en el batiente de piedra.

—¿Quién ha llamado? ¿Qué es lo que se le ofrece á estas horas?—pregunta.

—¿Ya no me conoces, Felipe?—dice resueltamente la sombra?—. Soy Pan y Miel.

IV

Revocación

—¿Pan y Miel?—exclamó Felipe, como recordando—. Sí—dijo después de unos momentos de vacilación—; yo he conocido á una chiquilla que se llamaba Pan y Miel. ¡Ay—dijo suspirando—, era en otros tiempos felices!

—Yo soy aquella niña; yo soy Pan y Miel—dijo la viajera—. Haz memoria, Felipe. Yo soy la niña á quien un día contaste, sentado al lado de su abuela, las grandezas del mundo. Yo soy la que vino una noche á pedirte las frutas de tu huerto y tus hechizos prodigiosos de brujo. Yo soy, en fin, el «hada de los hormigueros.»

Felipe la asió de la mano y la guió hasta donde daba de lleno el fulgor de la luna.

—¡Parece mentira!—murmuró.

Estaba vieja, ajada por el cansancio y el dolor. No representaba treinta y seis años, sino muchos

más. En sus ojos hundidos se marcaban las huellas de las lágrimas y del insomnio. En sus mejillas fáticas reverberaba, á la luz del astro de la noche, una livida y mortal palidez.

—Señora—balbució el labrador—, aunque la hora es ya muy avanzada, en mi casa hay siempre para usted un plato en la mesa y una cama en donde pueda pernoctar, si no tiene dónde.

—Gracias, Felipe—contestó Pan y Miel—. Nada necesito. Quiero sólo que me escuches, que me atiendas, como escuchaste á la niña supersticiosa hace veintisiete años.

Felipe vacilaba como aturdido. No se explicaba la extraña escena. Rosa lo condujo al mismo sitio en que hablaron la noche memorable. Como entonces, todo en derredor suyo reposaba callado é inmóvil. La noche era nupcial y solemne. Las plantas de la huerta, las copas de los árboles, las estrellas del cielo permanecían en su quietud augusta, como si fuesen á rezar.

—Fuiste brujo, Felipe—dijo Rosa con igual acento con que lo dijo años atrás—. Fuiste brujo y me diste un talismán precioso.

—No recuerdo...—interrumpió el campesino, turbado.

—Sí; me diste una piedrecita que se llamaba Voluntad, con la cual me juraste que podría alcanzarlo todo.

Por fin cayó Felipe en la cuenta y sonrió maliciosa, pero cándidamente.

—Era una piedrecilla cualquiera; un humilde guijarro, recogido del medio del camino.

—Te equivocas—pronunció con seriedad Pan y Miel—. Era un talismán verdadero, y la prueba de ello es que con él conseguí todo cuanto alcanzar me propuse.

—¿De veras?—preguntó con incredulidad el viejo soldado.

—De veras, y como tengo que morirme—afirmó melancólicamente Rosa—. Con él conseguí una falda de seda y oro. Alcancé la juventud, la belleza y la gloria. Tuve para alumbrarme lunas de cristal, y para pasearme carruajes que andaban sin caballos. A mi paso se descubría la muchedumbre y mi voluntad era ley.

—Entonces—dijo el labrador no sin cierta ironía—, ¿has sido princesa?

—Tienes razón; he sido princesa.

Un rayo de luz iluminó el tosco cerebro del campesino. No había duda; la viajera era una infeliz loca. Debía mostrarse compasivo.

Rosa adivinó en su mirada su necia sospecha.

—Puedes creer de mí cuanto gustes. Lo cierto es que fué para mí milagroso tu talismán. Pero se te olvidó decirme que cuantos más tesoros da más deseos sugiere, y que hace infeliz, porque vuelve egoísta y aleja de las cosas humildes, que son tal vez las solas sinceras y amables.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de Pan y Miel.

Felipe la escuchaba confuso.

—Toma—dijo Rosa sacando una pequeña bolsa de su seno y de ella un minúsculo canto rodado. Yo te devuelvo tu talismán.

El labriego lo recibió maquinalmente.

—Y ahora—siguió la enlutada con su acento perfectamente dolorido—arrójalo al polvo de que salió, si no quieres turbar la tranquilidad que por tu honradez mereciste.

Pronunciadas estas palabras, salió. Felipe quedó sin saber qué decir; contempló unos instantes la piedra y luego, como si le abrasase las manos,

la arrojó á lo más lejano y obscuro del plantío. El hada de los hormigueros se perdió en la sombra.

Las plantas, los árboles y los astros permanecían silenciosos y mudos en la noche nupcial y solemne, como si fuesen á rezar.

V

El alféizar

Pudriase la puerta desvencijada, desprendida de sus oxidados y amarillentos goznes, vencida á la inclemencia y la pesadumbre de un tercio de siglo. No hizo más que empujarla la viajera y se abrió, desplomándose contra el muro. En la obscuridad se oyeron menudos pasos de ratas fugitivas, sorprendidas en su libre tarea de excavar maderos, roer trozos de lienzo apolillado y hendir polvorientos tabiques. A través de las sombras adivinaron los ojos de la infeliz mujer los desconchados del zaguán, las telarañas pendientes de las vigas, la inclinación desigual y ondulada de los peldaños de la escalera...

Y entró. Nadie. Sus pasos resonaron sobre las piedras desiguales con un eco medroso; hasta sus pulmones entró un aire húmedo y sepulcral, como el que sale de las criptas; un soplo de ciénaga inficionada, un acre olor á vetustez, como el de los viejos pergaminos, de los enmohecidos herrajes y de los sepulcros seculares abiertos.

Subió á tientas. Más de una vez tropezó con pedazos de astillas, troncos informes, objetos que no pudo clasificar. Una difusa claridad la sirvió de guía y llegó hasta el desván. El marco sin hojas de la ventana destacóse en la sombra como un jirón de fulgor azulado, un paralelógramo de cielo cubierto de tachones en la impenetrable lóbreguez del abandonado recinto.

Se acercó al marco de la ventana y apoyóse en ella de codos. A la luz de la luna reconoció su amado paisaje. ¿Era verdad que habían pasado tantos años? Primero se divisaba un huerto y luego otro, poblado de almendros, cuyas flores parecían tiritar en las ramas, como pájaros ateridos que esperan friolentos la llegada del alba. Detrás estaba el río, espejeante á la luz de Diana, cual una bandeja bruñida. Y más allá, los olivares y los pinos, y los pinsapos y los abetos, con sus masas sombrías que parecían escalar la montaña. Detrás de sus cubiertas y erizadas cimeras sólo una cosa quedaba: *el mundo*.

¡El mundo! Por la frente de Rosa pasó su vida como un panorama. Se vió con su falda de colores, bailando, bajo la amenaza de la tralla del arlequín. Se contempló después encerrada años y años en su pensión de Italia. Creyó hallarse cantando en los escenarios, aplaudida, vitoreada, pero en lucha siempre con la envidia, con la bajeza, con las mil asechanzas de la lujuria, la codicia ó el odio, temerosa de lo que al fin sobrevino: la inconstancia y el encono brutal del público; recordó su único amor verdadero, marchito, desgarrado por la catástrofe. Y luego se vió opulenta sin riqueza, princesa sin poder, esposa sin amor, madre sin esperanza, esclava de la barbarie, la ferocidad y la injusticia. ¿Y era aquello lo que se alcanzaba con

la voluntad? ¿Y era eso lo que encerraba el fantástico y codiciado mundo?

Y ahora... toda su vida se había frustrado. Sola, sin afectos, sin esperanzas, la casa abandonada, huérfana de ecos y de rumores, debía ser su último refugio... ¿Para qué, cielo ingrato? ¿Para qué?

Miró arriba, al espacio insondable. ¿Habría un más allá, ó sería todo enigma, ó, peor que eso, lucha brutal, vencimiento perpetuo y, á la postre, aniquilamiento infinito?

De su garganta salió un triste gemido.

—Abuela, abuelita... ¿En dónde estás?

Nadie la contestó. ¡Qué sola estaba! La luna aparecía radiante en el zénit. Para ella, simbolizó un día la idealidad. La miró... Verdaderamente, estaba muy alta...

Pan y Miel miró al valle, en donde parecía dormir el genio de la noche impasible; miró al cielo, en donde los astros daban indiferentes su vuelta diuturna.

—¡Dios mío—dijo—, quiero morirme!

Y de seguro se murió; porque yo os digo que, con talismán y sin talismán, el que de veras quiere morirse, se muere.

